

EL TEMOR A LOS COMETAS *

Emilio Servadio

El hombre vive en un universo muy ajeno a sus deseos, a sus esperanzas y a sus temores. Es absolutamente inútil decidir que ciertas nubes desaparezcan, y el sol vuelva a enviarnos sus rayos. Es inútil esperar en la lluvia que tarda en llegar. Es tonto tener miedo de los sucesos, ya que cuando truena, los relámpagos ya han realizado sus recorridos y han causado algún eventual daño. Los únicos a no preocuparse frente a fenómenos que acontecen en el cosmos son los astrónomos, los geólogos, y los meteorólogos, los cuales podrán eventualmente y con dolor, predecir o anunciar acontecimientos poco buenos o también desastrosos, pero no se preocupan si aciertan una depresión que se mueve hacia el sudeste y que llevará fuertes tempestades sobre nuestra región.

Por el contrario, hay un fenómeno celeste verificado muchas veces en 300 años, en el cual la gente (o por lo menos mucha gente) continúa teniendo miedo: los cometas.

Uno de mis más lejanos recuerdos se remonta a 1910. Había pasado, según mis predicciones, el cometa de Halley, y no había pasado absolutamente nada, por supuesto. Pero recuerdo la alegría de la gente, en Plaza Corvetto de Génova; y las burlas al cometa que se alejaba y las borracheras de quienes se creían “salvados” (¿pero de qué?).

Con los años, me pregunté cual es el motivo, que fantasías podían evidenciar el siempre recurrente miedo a los cometas (tuvimos algunos ejemplos recientes en 1974, o en 1986), para no referirnos a fechas más lejanas.

Para intentar responder a este *porqué*, convendrá apuntar a lo que tuvo que haber sido la actitud del hombre primitivo frente a los fenómenos de la naturaleza en general y también frente al cielo y a los cuerpos celestes. Es natural que desde los orígenes y también desde cuando la naturaleza y el cielo han asumido para el hombre valor, no sólo de espectáculo sino también de sectores que uno tenía que investigar, la mente humana mantuvo respecto de ellos -junto a las actitudes inherentes a la valoración estética y a la investigación científica- también una postura emocional, irracional y mística. Esta posición que las adquisiciones culturales no han logrado demoler completamente ni en el hombre más culto es lo que puede hacer mirar, por ejemplo, a un cuerpo celeste como místicamente unido a específicos eventos humanos, y esto sin prejuicio del punto de vista astronómico (observaciones, cálculos) o de aquellos estéticos (“un lindo planeta”, la “silenciosa luna”, y así otros).

Solo teniendo estas posturas, nosotros, los hombres del siglo XX, podemos admitir que uno haya querido ver, en ciertas zonas del cielo, cosas como osas, cisnes, instrumentos musicales, monstruos mitológicos, héroes legendarios o divinidades: puesto que objetivamente y conceptualmente hablando, ver similares objetos de personajes en la bóveda celeste es, en un sentido, como ver murciélagos gigantes, jugadores de fútbol, o vaginas en las manchas del test de Rorschach, cuyas manchas no significan humanamente nada, así como no significa nada la disposición de las estrellas, la constelación de la Osa, o la del Centauro.

Hemos nombrado a Rorschach. En realidad, como generalmente los mencionados test proyectivos, este test parte del presupuesto que la mente humana puede y deba definir según sus esquemas y sus propias imágenes interiores, figuras o cosas que percibe en el mundo externo: cosas que, puesto que no quieren decir nada (como las nubes o las manchas de humedad en una pared), pueden asumir aquellos que la fantasía ve en las manchas del test de Rorschach -por cuanto diversos puedan ser los individuos y variadas las características- no pueden evidentemente prescindir del mundo del hombre, de sus creencias, de sus temores, de sus predilecciones: en suma, de todo un modo humano de ver y de sentir.

El cielo, es, pues, desde este punto de vista, como un gigantesco test proyectivo, como un extraordinario diseño de Rorschach, en el cual la humanidad ha visto lo que el corazón y la fantasía (además de la razón), le han sugerido ver.

¿Y qué cosa podía ver esta humanidad sino el mundo de las imágenes pertenecientes tanto a su conciencia como a su inconciente? Por eso, en el cielo la humanidad ha proyectado, en sustancia, una réplica transfigurada y fragmentada de la gran familia humana con personajes, varios o imaginarios, que la constituyen. Por eso, encontramos al padre en el sol, la madre en la luna, los hijos en los planetas, animales, personajes de leyenda y fábulas enteras; todo el mundo psíquico terrestre se reorganiza y se reencuentra, *subspecie interioritatis*, en el orden cósmico y estelar.

Pero nuestra comparación no se queda aquí. Lo que un adulto tiende a proyectar en un test de Rorschach pertenece en gran parte, es útil recordarlo, a una mente infantil y muy poco racional. Los “monstruos”, por ejemplo, que alguien puede ver en una lámina de Rorschach, existen en zonas profundas y primordiales de su misma interioridad. Los choques emotivos producidos por las visiones imprevistas de algunas manchas equivalen en su menor intensidad, a los que puede probar el niño, o el salvaje cuando se encuentran frente a “lo nuevo”, o “lo diverso”, o “lo extraño”...

A este punto nos parece, podemos finalmente entrever el origen psicológico del temor a los cometas. El cometa, para quien no sabe de astronomía, es simplemente un elemento extraño, que quiebra la inmensa bóveda celeste sobre la cual la humanidad proyectó desde los orígenes de su mundo, ansiosa de ver en él, un orden análogo a lo que quiere y espera puede existir en el plano psíquico. Y como el niño tiembla y se acurruca si un extraño aparece sorpresivamente en su casa y con más razón si el intruso tiene un aspecto diverso que las personas conocidas o familiares, así la humanidad, en algunos aspectos todavía niña, puede mirar al cielo con los mismos temores y con la esperanza que con su desaparición todo vuelve a la antigua armonía familiar.

Tienen razón, los astrónomos que se quedan tranquilos y que nos tranquilizan. Pero una igual serenidad, la que acepta y puede comprender los movimientos también más primitivos del alma humana que subsiste en el psicólogo quien, durante una noche llena de estrellas imagina millares de rostros ansiosos elevados hacia el cielo, hacia el huésped inesperado, llegando sorpresivamente en la morada celeste desde lo más alejado de los abismos del universo.

* Agradezco al Prof. Walter Gardini su gentil y desinteresada traducción de este artículo en su italiano original.